los disgustos que he sufrido, siempre me has consolado y sostenido.

Esta escena habia conmovido á Pascoul hasta el fondo del alma, y de pronto tuvo una inspiracion.

—No está todo perdido,—dijo;—si quereis, la salvaremos. Dádmela. El amor la transformará.

Rivarot se encogió de hombros.

—¡Pobre loco! la obra que quereis emprender os mataria. ¡Creeis que Margarita os ama; os engañais! Ella no amará ni á su marido ni á sus hijos, porque no ha amado ni á su padre ni á su madre. Lo que ella busca en el matrimonio es su libertad. ¿Qué uso hará de ella? Ahora,—añadió,—mi confidencia ha terminado. Yo debia hablaros así; sí, un padre debe decir la verdad, por mucho trabajo que cueste decirla, al hombre honrado que le pide su hija. La primera vez he vacilado en explicarme, pero hoy ya no tenía el derecho de hacerlo. Partid; guardadme el secreto y olvidad todo esto; olvidad á mi hija: no puede ser vuestra mujer. En este punto mi resolucion es irrevocable.

—Ah! sois muy cruel,—respondió el desgraciado Pascoul, que lloraba sus destruidas esperanzas y su felicidad perdida;—mi amor ha resistido á vuestras declaraciones. Yo la adoro siempre. Me ha robado el corazon, y esto es para toda la vida. ¡Ceded á mis ruegos; os repito que la salvaré!

—Y yo os digo que ella os perderia. ¿Acaso puede enderezarse el árbol despues que ha crecido? El mal está hecho; ya no tiene remedio. Estais advertido; no os expongais.

Esta cruel entrevista habia terminado.

En la pieza inmediata, los gritos y las risas habian cesado. Rivarot abrió la puerta del jardin. El cielo iba aclarando; las estrellas palidecian medio cubiertas por nubes de color gris.

—Partid, Pascoul,—dijo entónces el arrendador,—y creedme, no volvais más. Esta casa os sería fatal.

—¡Ah, qué desgraciado soy!—exclamó el jóven.

Y pálido, loco, desesperado, trastornado por tantas emociones, se lanzó al campo sin saber hácia dónde dirigia sus pasos.

IV.

Pascoul caminaba por el campo desierto y triste, vacilante como un hombre ebrio bajo el peso de la amorosa locura que llevaba en la cabeza y del abatimiento que tenía en el corazon.

Su capa flotaba en torno suyo, y para calmar el fuego que abrasaba su frente, iba con la cabeza descubierta, insensible al frio, al viento, á la nieve que, de repente, habia empezado á caer en el momento en que salia de la casa de Rivarot.

A su paso, los desnudos árboles crujian produciendo mil ruidos que él no oia. Todo era oscuridad y silencio en aquellos campos que el dia no iluminaba aún, imágen de su alma, de donde la luz habia desaparecido.

Los pensamientos más diversos se agolpaban á su imaginacion, sin que fuera capaz de fijarse en ninguno de ellos. Tan pronto se confesaba que Margarita era una criatura peligrosa y que era preciso olvidarla, como, por el contrario, se decia que Rivarot habia exagerado y tomado por vicios sin remedio lo que no era más que la exuberancia de un alma ardiente contenida en sus aspiraciones.

Aquel grito que él mismo habia lanzado: «Yo la salvaré,» resonaba sin cesar en sus oidos, y resumia la única de sus esperanzas que habia resistido á las revelaciones que acababa de oir. Pero alguna vez esa misma esperanza se debilitaba á medida que se presentaban en su imaginacion los odiosos hechos citados por Rivarot. Entónces odiaba al arrendador

por haberle hecho tan terribles confidencias. Se odiaba á sí mismo por haberlas provocado. Se tenía por un cobarde por haber conservado intacta y en pié en su corazon la estatua á la sazon manchada.

—Yo la arrancaré de él,—se decia,—y la haré pedazos bajo mis piés.

Apénas habia adoptado esta resolucion, cuando el amor volvia á recobrar sus derechos y le entregaba desarmado, vencido, á la devoradora pasion que le avasallaba.

Retrocedia espantado cuando en ciertos momentos comprendia que todo lo malo que le habian dicho de Margarita contribuia á que ésta se le apareciera más seductora. Así como el abismo atrae, así la mujer encantadora cuya ignominia habia tocado con el dedo le parecia más bella adornada con sus vicios que si lo hubiera estado con su sola virtud. El animal que todo hombre lleva dentro de sí estaba contento con la posesion de una criatura pervertida. Y la horrible sensacion que le revelaba á él mismo su propia debilidad llevaba consigo un amargo placer que saboreaba como un fruto delicioso.

Así, llevado de una determinacion á otra, tan pronto queriendo romperlo todo, tan pronto deseando internarse más en el pantano cuya profundidad creia ya conocer, sentia en su alma espantosos dolores.

Caminaba sin objeto, sin saber á dónde iba, en dónde estaba, lo que queria.

Así anduvo largo tiempo, y cuando, ya cansado, se detuvo, reconoció que al salir de la Bastida-Nueva habia atravesado Gordes, pasado por delante de su casa sin verla y que se hallaba en la aldea de Fontblanche.

La nieve continuaba cayendo, y el dia empezaba á despuntar á traves de los espesos copos que blanqueaban el horizonte. Pascoul tenía frio, sus dientes castañeteaban; la humedad le habia penetrado.

Se sacudió como un perro mojado y se dirigió hácia una casucha pequeña y ahumada situada en medio de un prado sin cercar. Dió dos golpes en la puerta carcomida y desvencijada.

—¿Quién va?—preguntó desde adentro una voz encolerizada.

—Soy yo, Pascoul; abrid pronto, la Valbray; me muero de frio.

La voz de la Valbray se dulcificó.

—Voy en seguida,—contestó.

Pascoul no esperó mucho tiempo. La puerta se abrió, y la Valbray, llevando en la mano una vela clavada en una botella, que levantó por encima de su cabeza para ver el rostro del que la visitaba, le invitó á entrar en su habitacion.

Era un interior de un aspecto miserable y asqueroso.

El ajuar se reducia á tres sillas cojas y estropeadas, una mala cama cubierta de vestidos sucios y arrugados, y una mesa mugrienta. Sobre la chimenea habia tazas desportilladas, platos en deplorable estado, y un pedazo de pan duro. Las paredes eran horribles, y no lo eran ménos los obscenos grabados que habian clavado en ellas. Nada más siniestro que aquella habitacion en medio de los campos, en la cual penetraba el viento por los vidrios rotos y mal recompuestos con tiras de papel. Parecia la casa del crimen.

En cuanto Pascoul entró, la Valbray volvió á cerrar la puerta, se acercó á la chimenea, se puso en cuclillas delante del hogar y avivó el ascua cubierta de ceniza que aún quedaba; despues colocó encima un sarmiento que no tardó en encenderse.

—Tienes frio, muchacho,—dijo soplando el fuego;—lo comprendo sin trabajo. Hace una noche endemoniada. Para ocuparme de tus asuntos, he acompañado á los de la Bastida-Nueva á la misa del gallo y, al volver, he creido que me helaba. Me iba á quedar dormida cuando has llamado. ¿Qué

diablos me quieres á estas horas? ¿Sabes que si yo fuera más jóven tu visita daria que hablar?

Y se echó á reir, colocando al mismo tiempo sobre la mesa el pedazo de pan duro que estaba sobre la chimenea, un poco de queso y algunos dedos de vino que quedaban en el fondo de un vaso cubierto con un papel.

—Si tienes frio, caliéntate; si tienes hambre, come, y díme lo que te trae.

Pascoul no contestaba; contemplaba con admiracion aquella extraña vieja, cuyo talle era todavía derecho, aunque cruelmente señalado por la edad.

Sorprendida en el lecho, apénas se habia vestido. Sus piernas salian desnudas de un zagalejo sin color, desgarrado por varias partes. Su pecho y sus descarnados brazos, mal ocultos bajo una ancha camisa de tela roja, se dejaban ver como si hubieran podido ejercer aún alguna seduccion.

Ella se apercibió de la atencion de que era objeto. Un ligero rubor coloreó sus mejillas. Pero no era efecto del pudor, sino del despecho de no ser más hermosa y de haberse mostrado, sin quererlo, en todo su horror. Fijó sobre Pascoul una extraña mirada.

—Me examinas y me encuentras fea, ¿no es verdad?—dijo, echando un mal pañuelo alrededor de su cuello.—Pero hace veinte años no me hubieras mirado impunemente. Yo era hermosa todavía, tan hermosa como tu Margarita.

—Lo sé,—contestó Pascoul;—me lo han dicho.

—Hay varios que lo saben, y he visto á más de uno de ellos, tan jóvenes y tan elegantes como tú, arrastrarse á mis piés.

Asomó á sus labios una maliciosa sonrisa; miró de nuevo al jóven, miéntras que su semblante tomaba una expresion lasciva y horrorosa, y lanzando un suspiro de pesar, añadió:

—¡Pero hace ya mucho tiempo de eso! ¡Todo ha pasado!

Y quedó sumida en profundas reflexiones, cuyo objeto debia preocuparla en gran manera, porque su frente se arrugó varias veces.

Tal vez su vida entera volvia á pasar ante sus ojos, desde su nacimiento, acaecido sesenta años ántes, y que habia llenado de alegría á los honrados labradores de quienes era hija, hasta el presente en que, no inspirando más que desprecio ó lástima, concluia en la miseria los últimos dias de una existencia que hubiera podido ser honrada si ella hubiera querido.

Tal vez se volvia á ver elegante y bella, cuando á los veinte años entró en la casa de su marido, un hombre honrado, á quien abandonó algunos meses despues, para seguir de pueblo en pueblo á un infame saltimbanquis de quien se habia locamente enamorado, que la maltrató y la abandonó despues de haberla arruinado.

Tal vez se volvia á ver al dia siguiente de aquel cobarde abandono que vengaba á su marido, muerto de desesperacion, arrastrándose por los caminos, miserable y golpeada; volviendo al pueblo y colocada en la necesidad de rehabilitarse por medio del trabajo; rehusando dedicarse á él; prefiriendo vivir del precio de una perpétua deshonra; seduciendo á los jóvenes, llevando la desesperacion á las familias de las que sus malditos encantos arrancaban al hijo y alguna vez al padre, hasta el dia en que la vejez habia atajado sus desenfrenos. Tal habia sido, en efecto, su triste vida.

Pascoul no conocia más que imperfectamente el pasado de la Valbray. Participando de la idea más extendida en torno suyo, veia en ella una anciana pecadora, miserable y arrepentida, á la que habia que perdonar mucho. Abismo insondable de malas pasiones, el alma de la Valbray le era desconocida. No sentia más que indulgencia y simpatía por aquella mujer, á la que él habia hecho algun bien siempre aceptado con agradecimiento, y que se

complacia en favorecer sus juveniles amores. Por eso, cuando habia salido de la granja de la Bastida-Nueva, asustado por las confidencias de Rivarot, sus pasos le habian llevado naturalmente hácia la casa de la Valbray.

Ya se ha visto la acogida que le hizo. Se hallaban sentados el uno enfrente del otro, silenciosos: ella, entregada á sus pensamientos; él, contemplándola y pensando en todos los sucesos de aquella noche funesta.

—Pascoul,—le dijo ella, poniendo término al largo silencio que habia reinado en la choza;—ya te he preguntado qué es lo que te trae; ¿me lo dirás?

—¿No lo adivina en mi semblante, la Valbray?—preguntó él.

—¡En tu semblante! Espera un poco. No está alegre; hay lágrimas en tus ojos. Dáme tu mano. Tienes calentura: ¿es la entrevista de esta noche?

—Sí, la entrevista de esta noche, y sobre todo los sucesos posteriores á ella.

Y en breves palabras contó á la Valbray todo lo que el lector conoce ya, callando sin embargo discretamente las confidencias que Rivarot le habia hecho.

—En resumidas cuentas,—dijo por fin la Valbray,—te la niegan. ¿Qué piensas hacer?

—Yo no sé; ya no tengo esperanza.

—¡Ah! en verdad, por poco desesperas. Lo que te queda que hacer es muy fácil. ¡Róbala!

Y como Pascoul diese á entender por un gesto que le repugnaba semejante medio:

—No será tu mujer,—continuó la Valbray,—si no recurres á la violencia; de lo contrario, el padre te la negará siempre. Deja á un lado tus necios escrúpulos. Margarita me ha dicho: «Si mi padre persiste en su negativa, Pascoul sabrá arrancarme de esta maldita casa.»

—¿Margarita os ha dicho esas palabras,—exclamó;—ella las ha dicho?

—Lo juro,—contestó gravemente la Valbray.—Además,—añadió,—no serás tú el primero que de ese modo haya forzado una voluntad tiránica.

Al ver el efecto que acababa de producir, se levantó, dejando al desgraciado presa de una vacilacion que le atormentaba, acurrucado delante del fuego y con la cabeza entre sus manos.

Habia amanecido.

Ella se acercó á la puerta, la abrió y aspiró algunas bocanadas de aire puro. Por delante de la casa pasaban los aldeanos con sus trajes de fiesta, porque era Navidad. Pero nadie se detuvo á darla los buenos dias.

Durante algunos instantes permaneció de aquel modo en el umbral de su puerta. Despues volvió á acercarse á Pascoul, y, poniéndole la mano sobre el hombro:

—¿Estás decidido?—le dijo.

Pascoul se levantó.

—Sí, si me respondeis del consentimiento de Margarita.

—Respondo de él.

—Entónces encargaos de avisarla. Yo corro á hacer los preparativos.

—Yo me encargaré de todo, si te conviene; pero te costará mucho dinero.

—Pagaré lo que sea necesario.

La Valbray reflexionó un momento.

—Procura estar esta noche á las diez en las inmediaciones de la granja de Rivarot. Allí estaré yo con un carruaje y caballos; Margarita estará avisada.

Dichas estas palabras, se separaron; Pascoul para volver á su casa, y la Valbray para ir á la Bastida-Nueva.

En la noche de este dia, la granja de Rivarot no estaba tan animada como de costumbre: los criados habian obtenido permiso para ir á la fiesta. Despues de cenar, los amos se habian retirado á sus

habitaciones. Moulinet, segun su costumbre, dió una vuelta á la casa, soltó los perros, y habiéndose cerciorado de que todo estaba seguro, se dirigió á su cuarto, situado encima de las cuadras.

Margarita no se habia acostado; á las diez tiraron una piedrecita contra sus cristales. Esta señal la encontró dispuesta. Vestida con un traje oscuro, envuelta en su manto, abrió con mucho cuidado la ventana, y, á pesar de la oscuridad, pudo notar que habian arrimado á la pared una escalera para proteger su fuga. Bajó sin ruido los escalones y se encontró en los brazos de Pascoul.

—¡Eres tú, bien mio!—le dijo estrechándose contra su pecho.

—Lo que hacemos está muy mal hecho,—contestó él tristemente;—pero la culpa no es nuestra, sino de los que no han querido unirnos. Sin embargo, si te has de arrepentir algun dia de este paso, vuelve á subir; yo no te querré mal por eso.

—Te amo,—murmuró ella á su oido.

Él se la llevó léjos de la casa.

A cien metros encontraron á la Valbray. Con una seña les indicó un carruaje de dos caballos, á cuya cabeza estaba de pié un hombre que los amantes no reconocieron. Se colocaron en aquel mal calesin; Pascoul empuñó las riendas, y despues de poner en la mano de la Valbray una bolsa con dinero, tocó á los caballos con el látigo y partieron sin ruido. Una mano prudente habia envuelto sus piés con trapos de lienzo húmedos.

—¡Buen viaje!—dijo la Valbray.

Y volviéndose á su compañero, le entregó la mitad de la cantidad que habia recibido.

—Gracias, anciana,—dijo.

Y riendo añadió:

—De buena gana hubiera perdonado el dinero si hubiera robado por mi cuenta á esa hermosa muchacha.

—Ese bocado no es para tí, Furbicio.

—¡Bah! ¡quién sabe!—contestó el que la Valbray habia llamado Furbicio.

El calesin tomó la direccion de Avignon. En la granja todo el mundo dormia, y hasta el dia siguiente á las ocho no conocieron Rivarot y su mujer toda la extension de la desgracia que acababa de herirles.

—¡La miserable!—exclamó Rivarot;—¿no nos habia atormentado bastante, por lo visto? Estaba escrito que habia de concluir deshonrándonos de ese modo.

—Es ese Pascoul, que la habrá devanado el seso,—dijo Mad. Rivarot.

El arrendador hizo un gesto negativo.

—No, no; más bien es ella la que habrá vuelto el juicio á ese pobre imbécil. Sin embargo, yo le habia prevenido. Ella nos vengará de él. Pero de ella, ¿quién nos vengará?

—Dios,—contestó solemnemente Mad. Rivarot.

Y al mismo tiempo abrazó á su marido, en cuyos ojos acababa de ver una lágrima de desesperacion.

—No daré ningun paso para encontrar á los fugitivos; nuestra hija ha muerto.

Esta fué la última palabra del arrendador sobre aquel suceso. Ni él ni su mujer volvieron á hablar más de él. Tan triste lance quedó ignorado. Moulinet y tres de sus compañeros fueron los únicos que le conocieron, y tuvieron la delicadeza de no divulgarle. En Gordes no se apercibieron de la desaparicion de Margarita. A los que la notaron, se les habló de viaje. El honor de la casa Rivarot quedó de este modo en salvo.

Pero la herida que las pobres gentes habian recibido era profunda. Estuvieron quince dias sin saber nada; durante este tiempo hicieron esfuerzos por aparecer tranquilos el uno al otro. Parecia que se habian propuesto ver quién hacía mejor alarde de su insensibilidad. Pero en cuanto se separaban, lloraban á lágrima viva

29764
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En los primeros dias de Enero se recibió una carta de Margarita. Estaba fechada en Tolon.

«Volveremos, decia ella, si consentís en nuestro matrimonio.»

Rivarot contestó:

«Consiento: venid.»

Volvieron despues de un viaje febril, durante el cual no habian disfrutado más que á medias de la alegría de pertenecerse, constantemente agitados en el aislamiento de su amor: Margarita por el temor de ser perseguida; Pascoul por el doloroso pesar de ver empezar de aquel modo su vida conyugal, que él habia soñado pura y honrada. De Avignon habian ido á Marsella, de Marsella á Tolon. Aquí fué donde, al visitar el arsenal, encontraron un presidiario cuyo semblante dulce y digno no revelaba nada de criminal.

—¿Qué ha hecho?—preguntó Margarita al vigilante que los conducia.

—Ha dado muerte á su hija, que se habia escapado con un jóven.

Al oir esta respuesta, Margarita se estremeció como si hubiera sentido de pronto un frio glacial, y Pascoul tuvo que sostenerla. El mismo dia escribió á su padre la carta á la que él habia contestado dando su consentimiento.

Margarita llegó á la granja diez y siete dias despues de su salida. Moulinet habia ido á esperarla á Avignon, y Pascoul entró en Gordes, por su lado; pudo creerse que Margarita, segun habian dicho, volvia de pasar una temporada en casa de una parienta de su madre.

No se la reconvino ni se la dirigió ninguna palabra severa, ni aún se hizo alusion á lo que habia pasado.

Rivarot parecia armado de una coraza de impasibilidad; su mujer hacía esfuerzos por imitarle.

El dia siguiente el arrendador hizo llamar á Pascoul, y, llevándole aparte:

—La dote y las galas de Margarita están preparadas. En cuanto á la mujer, ya os pertenece; ¿cuándo quereis que se verifique la boda?

—Decididlo vos mismo, — contestó de un modo lastimero Pascoul.

—Dentro de un mes; ¿os conviene? Así salvaremos todas las apariencias. Porque es preciso pensar en el honor de la casa que vais á fundar.

—Sois el amo. Puesto que esa demora os parece necesaria, el matrimonio tendrá lugar dentro de un mes.

—Yo espero que hasta entónces mi hija y vos respetareis mi casa,—añadió Rivarot.

—¡Rivarot,— exclamó Pascoul con los ojos llenos de lágrimas,—no merezco que me hableis así!

—No os reconvengo,—contestó friamente el arrendador. — Habeis querido casaros con mi hija contra mi voluntad. La habeis robado. De léjos me habeis impuesto condiciones; las sufro sin quejarme. Pero no sucederá así si teneis la desgracia de olvidar en mi casa que mi hija no es todavía vuestra mujer.

Pascoul ocultó su semblante entre sus manos temblorosas. Aquella escena le afligia, porque era honrado, generoso; sólo tenía que echarse en cara el haber sido débil ante la deslumbradora belleza de Margarita.

Por fin se celebró la boda. Al ver la alegría que reinó en la granja aquel dia, nadie hubiera adivinado que un drama íntimo y dolososo habia precedido y preparado aquella fiesta de familia.

En tanto que un espléndido festin reunia á todos los convidados en el salon de la granja, los pobres de Gordes se sentaron en la cocina en torno de otra mesa y tuvieron su parte de las liberalidades que se hicieron. La Valbray estaba entre ellos.

Rivarot y su mujer, aunque agitados por siniestros presentimientos, no dejaban traslucir nada. Unicamente se advirtió que el arrendador estaba

muy pálido. Pero su semblante estuvo constantemente risueño; y cuando Pascoul y Margarita se levantaron para marchar, él quiso acompañarles hasta la puerta de la granja. Su mujer le siguió.

De este modo hubo un momento en que los cuatro se encontraron separados de sus convidados.

—¡Padre mio! — dijo entónces Pascoul con voz conmovida;—me llevo vuestra hija; yo procuraré hacerla feliz, y si habeis tenido motivos para quejaros de ella, juro hacerla digna de vos.

Rivarot no contestó; su mujer lloraba.

—¡Padre mio!—prosiguió Pascoul,—¿no bendecireis á vuestros hijos?

Y cogiendo á Margarita por la mano, se puso de rodillas, obligando á su mujer á hacer lo mismo.

Mad. Rivarot miraba á su marido angustiada y suplicante. Su boca no se abrió, pero parecia decir: «Sé clemente, perdona.» Rivarot quedó vencido. Extendió los brazos. Pero, en el momento en que de sus labios iban á salir tal vez palabras de perdon, se le vió tambalearse, llevar la mano á su frente, lanzar un suspiro ahogado y caer desplomado, inerte, con los ojos medio cerrados, desfigurado.

Mad. Rivarot dió un grito terrible. Pascoul se abalanzó hácia él, en tanto que Margarita pedia socorro.

Acudieron en seguida, le rodearon, pero todos los cuidados fueron inútiles. Una oleada de sangre, agolpándose al cerebro, le habia dejado sin vida.

V.

Dos años habian pasado desde los acontecimientos referidos en los capítulos precedentes. La fisonomía bajo la cual el lector conoce la granja de la Bastida-Nueva no se habia modificado. Reinaba en

ella la misma actividad que en otro tiempo. Nada habia cambiado sino los amos.

Muerto Rivarot, su mujer, desesperada, no le habia sobrevivido más que tres meses. Pascoul y Margarita habian dejado entónces su casita de Gordes para venir á ocupar la morada en que Rivarot y su mujer se habian amado. Margarita vivia ahora allí con su marido. Libre, dueña absoluta, se habia creado una existencia lujosa y coqueta que, por otra parte, no era un marco demasiado rico para su deslumbradora y soberana belleza.

Moulinet continuaba trabajando en la granja.

Habia querido abandonar el país cuando Pascoul habia ido á establecerse en él. Creia que debia temerlo todo del nuevo amo. Se acordaba de la fatal noche-buena, cuyas dramáticas peripecias conoce el lector. Alimentaba en su corazon aquel desgraciado amor á Margarita, cuya existencia le habia revelado ella tan brutalmente y cuya locura le habia demostrado. Creyó que sería prudente partir.

—Quedaos, le dijo Pascoul.—De lo que pasó no se hablará más entre nosotros. No os tengo ojeriza por haber cumplido con vuestro deber. En cuanto á lo demas, Margarita lo ha olvidado y yo tambien.

Moulinet se quedó, decidido á servir á Pascoul con tanta lealtad como habia servido á Rivarot. Cumplió su palabra, y su nuevo amo no tardó en dispensarle toda su confianza.

Tales eran los cambios ocurridos en la Bastida-Nueva en dos años.

Habia quizás otros, pero eran de una naturaleza más íntima: la continuacion de este relato los hará conocer al lector.

Era en el mes de Setiembre á la caida de la tarde.

En el campo, en los dias buenos, no hay hora más deliciosa que esa hora indecisa y crepuscular que precede á la noche. Todo es poesía; todo es misterio. Los prados se cubren de una niebla blanca y trasparente que deja ver los árboles como á tra-